

LA ARGENTINA DE LOS 90. Ganadores y perdedores.

por Manuel Mora y Araujo¹

1. INTRODUCCION

Este análisis se centra en lo que ocurrió en los 90, no en sus consecuencias latentes. Un juicio habitual hoy es: “todo lo malo que nos ocurre se gestó en los 90”; ese argumento desarrollado recursivamente puede no tener fin, porque es obvio que el mundo no empezó en los 90, de modo que también lo ocurrido en los 90 se debería explicar por lo que pasó antes. Me interesan no tanto las consecuencias a largo plazo –tema de otro análisis- sino su impacto sobre la sociedad durante el proceso de reformas y el período posterior más cercano a ellas.

Lo que presento aquí son hipótesis y conjeturas, no datos confirmatorios. Las afirmaciones que, por razones de exposición, se expresan en forma bastante terminante, deben ser tomadas como hipótesis a ser elaboradas, discutidas y corroboradas empíricamente. El principal respaldo empírico surge de la investigación sobre el impacto de los 90 en la estructura social², proyecto en curso y cuyas conclusiones finales están todavía en elaboración.

Este trabajo analiza el período de las reformas económicas de los años 90 en su impacto sobre la estructura social y el tamaño y roles del estado. Revisa luego algunas conjeturas sobre cuales sectores sociales resultaron "ganadores" o "perdedores" como consecuencia de las reformas. Finalmente analiza el comportamiento de los sectores dirigentes frente a los acontecimientos políticos y la sociedad, y las perspectivas de una renovación dirigencial a partir de los cambios ocurridos en ese período.

2. LOS 90

Durante la década del 90 las profundas reformas económicas produjeron un impacto de magnitud en distintos planos de la sociedad, la economía y la política. El foco aquí está colocado en el período 89/97, siendo difícil obtener datos que diferencien con precisión los distintos años. Ese es el período de las reformas y de los mejores resultados alcanzados por la política del gobierno de Menem; lo llamaré *período I*. A partir de ahí el modelo económico y la política exterior continuaron con buena imagen, pero la economía entró en recesión y el riesgo país comenzó a subir; la imagen del gobierno cayó fuertemente. Esa situación se agravó con el gobierno De la Rúa. *Es el período II*. A fin de 2001/comienzos de 2002 se produjo la crisis del corralito, default y devaluación. *Es el período III*. El

¹ Ipsos-Mora y Araujo.

² El proyecto es parte del programa de investigaciones del Instituto Torcuato Di Tella con el apoyo del PNUD, del cual existe un primer Informe de Avance. La encuesta fue realizada por Ipsos-Mora y Araujo; el análisis lo estamos desarrollando con Carlos Waisman con la colaboración de Leticia Patrucchi.

período que aquí interesa centralmente es el I -del 89/97- comparado con lo que pasaba antes y lo que vino después.

En este artículo paso revista a los principales cambios estructurales producidos en la sociedad argentina como consecuencia de las reformas económicas de los años 90 y analizo distintos efectos sobre el tamaño y los roles del estado. Me refiero luego a las percepciones de distintos sectores de la sociedad sobre esos años, buscando sistematizar de manera somera un balance de sectores sociales "ganadores" y "perdedores". Por último analizo el comportamiento de los sectores dirigentes frente a los acontecimientos políticos la sociedad, y las perspectivas de una renovación dirigencial a partir de los cambios ocurridos en ese período.

La estructura social

Antes de los 90, la estructura social argentina comprendía un gran cuerpo central de clase media (lo estimamos en 75 % de la población), un 10 % de una clase alta o "afluente" y un 15 % de clase "pobre". Esos números eran muy estables en el tiempo.

El cuerpo central (la *gran clase media* argentina) era muy homogéneo en estilos de vida, aunque con amplias desigualdades en ingresos, educación y otras variables. La clase superior mantenía un alto nivel de vida, independiente del ciclo económico; la clase pobre también era independiente del ciclo económico -aunque sus niveles de empleo respondían claramente al nivel de actividad-. La gran clase media dependía fuertemente del ciclo económico, lo cual tornaba sus humores muy variables. En política, eso la llevaba a veces más bien hacia la derecha, a veces más bien hacia la izquierda.

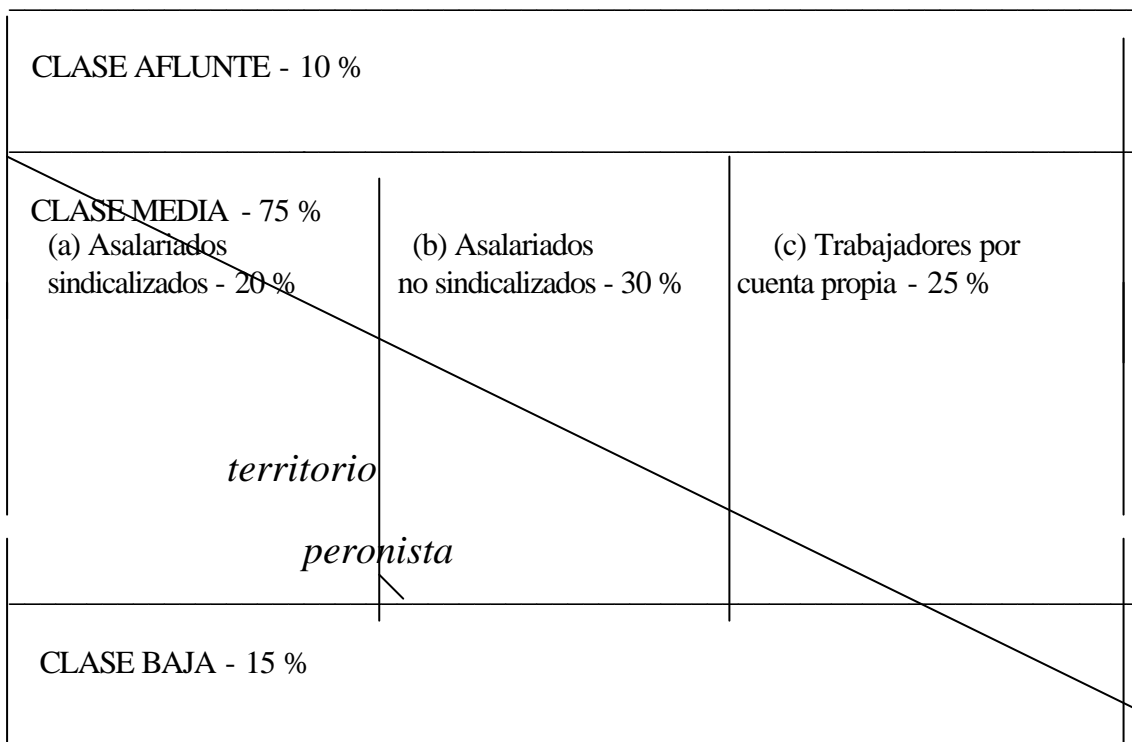
Las diferencias más relevantes en el cuerpo central de la sociedad, su vasta base media, no eran las horizontales (desigualdades) sino una diferenciación vertical en tres principales grupos: (a) trabajadores asalariados sindicalizados, (b) trabajadores asalariados no sindicalizados, (c) trabajadores por cuenta propia (gráfico 1). Disponer o no de un salario fijo y la mediación sindical eran las dos variables decisivas en diferenciar situaciones y oportunidades.

La percepción dominante en la sociedad era que las personas del grupo *a* (sindicalizados) eran privilegiados, vivían mejor y resistían mejor el ciclo; los del grupo *c* (cuenta propistas) pagaban el pato de la boda, eran muy vulnerables; los del *b* (asalariados no sindicalizados) mejoraban o empeoraban de acuerdo con el ciclo. No sorprende que el sindicalismo fuera muy fuerte, que entre los *c* hubiera propensiones ucedeístas y a veces *poujadistas* –sobre todo en los relativamente más pobres-, que entre los *a* y los *b* más educados hubiera algunos núcleos con propensiones de izquierda.

El mapa político se definía por dos campos, uno debajo y otro encima de una diagonal (ver gráfico 1); el campo de abajo abarcaba casi todo el segmento sindical, la mitad del no

sindicalizado y un poco del cuentapropista, así como la totalidad de la clase pobre. En esa área debajo de la diagonal dominaba el peronismo, encima de la diagonal, todo lo demás³.

GRAFICO 1: ESQUEMA DE LA ESTRUCTURA SOCIAL ARGENTINA HACIA 1990



Los 90 produjeron un doble impacto sobre ese cuadro.

El primer impacto de los 90 fue un shock de expansión del segmento *b*, a expensas del segmento *a*, el sindicalizado, y del *c*, el cuenta propia. Ambos se redujeron y el sindicalizado, se redujese o no, tendió a perder fuerza; sus privilegios se licuaron mucho. Aumentó el número de los asalariados no sindicalizados. Como la cultura argentina valora mucho el cuentapropismo, la reducción del tamaño de ese segmento pudo haber generado un efecto –real o percibido- de pérdida de calidad de vida.

³ Cuando todo lo demás se unificaba en una coalición electoral, el peronismo podía perder; cuando eso no sucedía el peronismo era imbatible.

El segundo impacto fue aun más importante: produjo una fragmentación muy profunda, horizontal, en el cuerpo central –ya homogeneizado verticalmente por el primer impacto-, por la influencia del mundo globalizado y la apertura económica sobre la sociedad argentina. Aquella sociedad homogénea se convirtió en una sociedad *trial*, dependiendo de la capacidad de cada sector de adaptarse a la nueva situación económica, esto es, del *grado de competitividad individual* –principal, pero no exclusivamente, la educación-. Una parte de la clase media y de la clase alta se asimiló al mundo globalizado; una parte de la clase media se pauperizó y asimiló a la clase pobre⁴. Quedaron formados tres grandes segmentos, de aproximadamente un tercio de la población cada uno (gráfico 2).

GRAFICO 2: ESQUEMA DE LA ESTRUCTURA SOCIAL ARGENTINA HACIA 2000

<p>SEGMENTO MUY COMPETITIVO - 33 %</p> <p style="text-align: right;">Entre los cuales, empleados públicos 5 %</p>
<p>SEGMENTO POCO COMPETITIVO - 33 %</p> <p style="text-align: right;">Entre los cuales, sindicalizados 10 %⁵ empleados públicos 5 %</p>
<p>SEGMENTO SIN COMPETITIVIDAD - 33 %</p>

⁴ La relación entre la dimensión de capacidades competitivas y la educación alcanzada es muy estrecha. Las mayores desviaciones de esa correlación que resultan de interés son las siguientes: hay un 5 % de personas con baja educación que alcanzan altas capacidades competitivas, y un 15 % que alcanza un grado medio. Hay asimismo un 30 % de personas con educación media que alcanzan altas capacidades competitivas. Inversamente, hay un 12 % de personas con educación alta cuyas capacidades competitivas son medias. Denominamos a estos grupos, respectivamente: *subeducados competitivos* (9 % de la población, de los cuales el 2 % tienen bajísima educación), *subeducados semicompetitivos* (7 %) y *educados subcompetitivos* (4 %).

⁵ La proporción de trabajadores sindicalizados está estimada muy gruesamente. De acuerdo con lo declarado por los respondentes en las encuestas, la proporción de sindicalizados está en el orden del 15 % de la población activa; no es fácil separar a los realmente sindicalizados de manera efectiva de los trabajadores bajo convenio y de aquellos que reportan estar sindicalizados pero en realidad sólo son contribuyentes a la obra social. Por otra parte, una proporción alta de los que se declaran sindicalizadas pertenece al segmento *competitivo*. Conceptualmente, en ese segmento atribuimos menor relevancia al hecho de estar sindicalizado, ya que otros atributos son más decisivos en la determinación del estilo de vida y la situación laboral; estadísticamente, ese número modificaría la proporción de sindicalizados en el segmento medio.

- (1) un segmento competitivo. Las reformas le abrieron nuevas oportunidades, lo acercaron al mundo moderno, para muchas personas hicieron posible concebir un futuro personal dentro del país. El crecimiento de la educación universitaria de buena calidad -que ocurrió concomitantemente en ese período- alimentó a este segmento con jóvenes con una formación más actualizada y mejor preparados para la economía transaccionalizada y para buscar desafíos creativos y empresariales. Inclusive a los dependientes del sector público eso les permitió profesionalizar su rol, y en no pocos casos les proporcionó ventajas competitivas internas, promocionándolos a nuevos estamentos tecnocráticos dentro del estado⁶.
- (2) un segmento poco competitivo. Un tercio de este segmento permaneció sindicalizado –parte de él en el estado, parte en algunas ramas privadas-. En general los beneficios diferenciales para sus miembros se redujeron, pero aun así mantuvieron una posición protegida. En los otros dos tercios de este segmento se sintió una pérdida neta como consecuencia de las reformas. Una parte de ellos -la de los no sindicalizados- vivió una experiencia subjetiva de *proletarización* -en el caso de los ex cuentapropistas devenidos asalariados-; otra parte experimentó la pérdida de privilegios -en el caso de los ex sindicalizados que pasaron a no gozar de la protección corporativa, principalmente en el sector de las empresas privatizadas-; otra parte continuó asalariada como estaba, pero debido a su escasa competitividad no se les generaron nuevas oportunidades. La deflación los afectó fuertemente, y sufrieron además un impacto de desempleo muy significativo, unido a la creciente inestabilidad de las estructuras laborales. Para esa gente, el mundo globalizado “fue y será una porquería”.
- (3) un segmento carente de toda competitividad, formado por el 15 % de los pobres tradicionales y otro 15 a 20 % de *nuevos pobres*. Mientras la economía creció, esa gente tenía trabajo; inestable, pero que les proporcionaba ingresos. Los nuevos pobres sufrieron más que los viejos pobres, pero aun así durante los primeros años de las reformas sobrellevaron bastante bien los cambios. Cuando la economía entró en recesión, su situación se agravó rápida y progresivamente. Sin ingresos, sin calificaciones, sin saber hacer nada, sus perspectivas fueron cada vez más sombrías -y continúan siéndolo-.

Como resultado de las reformas de los 90 -y también por el efecto directo de los cambios en la economía mundial- la Argentina se transformó en una sociedad dividida: expectativas divididas, estilos de vida diferenciados, problemas muy diferentes afectando a sus distintas partes componentes.

⁶ Experiencias tempranas como el Grupo Sophia, y más recientes como el grupo Narváez, incluyendo algunos grupos formados alrededor del Frepaso, son exponentes de ese fenómeno. Pero el mismo se manifiesta también en múltiples instancias individuales, desprovistas de proyectos colectivos.

La economía y la situación social

Durante los años 90 los cambios en la economía fueron múltiples, como resultado de las políticas públicas adoptadas -apertura de la economía, convertibilidad y política antiinflacionaria, reforma del estado- y por efecto del contexto del mundo globalizado. Las políticas de gobierno tendieron a reforzar la inserción del país en el mundo. Sus consecuencias también fueron múltiples. Lo que sigue es un somero repaso a las principales dimensiones en las que se produjeron importantes consecuencias económicas.

En el período I del ciclo de reformas el *crecimiento de la economía* alcanzó tasas muy altas y la *inflación* se redujo hasta llegar a ser la más baja del mundo -con niveles de deflación significativos en algunos años-. La *entrada de capitales* fue muy importante. A partir del proceso de privatizaciones, el mayor flujo de inversión se dirigió a la infraestructura y los servicios públicos, pero también fue al agro, los hidrocarburos y minería y la construcción. En general, la economía recibió una importante masa de capital directo en prácticamente todos los sectores; gran parte de la inversión directa alimentó proyectos productivos bajo control de capitales extranjeros⁷.

En los 90 el *perfil productivo* de la economía argentina se modificó en primer lugar por el fuerte aumento de la productividad. La convertibilidad produjo un primer impacto sobre el tipo de cambio, depreciándolo; luego, lo fue apreciando progresivamente, con impacto sensible en la competitividad. No obstante, algunos sectores mantuvieron una alta competitividad, aunque disminuida por el tipo de cambio. El efecto tipo de cambio, unido al diferencial muy alto de tasas de interés entre las empresas financiadas en el mercado internacional y aquellas financiadas en el mercado interno, produjo un impacto fuertemente negativo en las pymes y en muchas empresas argentinas. El balance fue una situación de notoria desventaja para las empresas argentinas, ventajas para las internacionales, ventajas para las grandes empresas. Se generaron fuertes incentivos para la venta de activos corporativos y por tanto “desnacionalización” de empresas (fenómeno que, a su vez, no puede ser explicado sin introducir además variables actitudinales del sector empresario argentino).

Durante los 90 la economía se abrió por relación a los estándares argentinos previos -aunque continuó siendo una economía relativamente poco abierta por comparación con el sudeste de Asia, México y Chile-. Creció fuertemente el nivel de *exportaciones*, estabilizándose cerca del umbral de los u\$s 30.000 millones. y crecieron fuertemente las importaciones⁸.

⁷ El stock de capital físico es uno de los legados importantes de los 90 a los períodos posteriores, y sin duda explica en gran parte la recuperación actual después de la crisis, permitiendo superar el shock anti productivo de 2001/2002 de manera sorprendente. El actual ministro de economía lo ha reconocido en diversas oportunidades.

⁸ Queda como un interrogante a explicar el hecho de que durante los 90 las exportaciones no hayan podido superar esa barrera, lo que va en respaldo de la teoría de la pérdida de competitividad por tipo de cambio, y el

Algunas de las más claras consecuencias sociales de esos procesos fueron las siguientes.

- Creció el *desempleo*. El diagnóstico de las causas no es enteramente claro. Por un lado, las privatizaciones transfirieron trabajadores al sector privado, muchos de ellos pasando al cuentapropismo, donde en general no les fue bien. Por otro lado, la economía se tornó más productiva, reduciendo la relación capital/empleo en muchas industrias. También existió el “efecto Cavallo”: aumento de la oferta de mano de obra por causa de cambios culturales (principalmente mujeres jóvenes y mujeres en general)⁹. El primer impacto del aumento del desempleo tuvo lugar sobre las clases medias.

Durante el período II la tendencia en la tasa de desempleo continuó avanzando sostenidamente; hacia el final del período se expandió a las clases más bajas. En el período III aumentó fuertemente en esos sectores. La tasa de desocupación -que durante los 80 había crecido de un orden de magnitud del 3 % a más del 6 %- en 1993/94 rondaba el 10 %, en 1995/97 estaba entre 16 y 18 %, y en 2002 superaba el 21 %. La tasa de actividad hasta 1992 se mantenía por debajo del 40 %, luego superó ese umbral y a partir de 1995 se estabilizó entre el 42 y 43 %.

- Disminuyó inicialmente *la pobreza*, para luego aumentar fuertemente. En indicadores de desarrollo humano la Argentina siempre estuvo relativamente bien; en los 90 mejoró un poco. Aumentaron los ingresos de los pobres y se produjo un “efecto antiinflación” muy fuerte que alentó el consumo, unido a la aparición del crédito al consumo; el consumo de servicios en los segmentos más pobres aumentó sensiblemente. Pero al mismo tiempo una parte cuantiosa de la clase media baja se pauperizó debido a su escasa competitividad individual y a las crecientes dificultades por las que atravesaron muchas pequeñas industrias y comercios, así como actividades de cuenta propia. En síntesis, durante los 90 el primer impacto llevó a que las personas de los estratos bajos experimentaron una mejoría y la clase media baja se empobreciera.

La tendencia se revirtió más decididamente hacia el período II aumentando progresivamente la pobreza. En el período III, con la crisis, ésta hizo explosión, alcanzando niveles nunca antes vistos. La proporción de hogares por debajo de la línea de pobreza, de acuerdo con INDEC/EPH, en 1990 superaba el 33 % -sin duda efecto hiperinflación-; en 1991 y 1994 disminuye a tasas muy altas llegando ese año al 11,9 %, y a partir de ahí comienza a crecer; entre 1995 y 2000 oscila entre el 16,3 y el 19,1 %; en 2000 supera el 21 %.

hecho también sorprendente de que crecieron mucho menos después de la crisis y hasta nuestros días, lo que más bien respalda la teoría de los efectos limitados del tipo de cambio.

⁹ El ministro Cavallo sostuvo públicamente ese punto de vista como un factor importante en la explicación del aumento del desempleo.

- Disminuyó la *informalidad laboral*. Venía muy alta desde los 80 (cerca al 40 %) y se redujo por debajo del 30 % de la población activa en el período de las reformas. Después de la crisis volvió a aumentar fuertemente.
- La *educación* mantuvo sus tendencias previas. La matrícula primaria continuó estable, como lo estaba ya desde la década del 70. La matrícula secundaria se mantuvo estable. La matrícula universitaria, que había aumentado durante los 80, continuó creciendo; el número total de alumnos inscriptos en el sistema universitario creció entre 1990 y 1998 un 40 %, siendo ese crecimiento mayor en las universidades privadas, las cuales pasaron de un *market share* del 11 al 13 % de la matrícula total. Los datos de la investigación sugieren una conclusión que está aun por ser confirmada: el proceso de movilidad educacional ascendente, tan característico de la sociedad argentina, habría sufrido una inversión de tendencia a partir de los años 80, y más pronunciadamente en los 90. Esa inversión en la curva histórica no puede explicarse únicamente por un efecto de saturación educacional -el cual podría explicar que se desacelere la movilidad ascendente y se engrose la estabilidad intergeneracional-; más bien parece que aumentan las tasas de personas que sufren movilidad educacional descendente.
- Como tendencia general, la *movilidad social* en los 90 sufrió una reversión hacia niveles crecientes de movilidad descendente. Nos resulta difícil cuantificar este fenómeno, pero distintas evidencias parciales apuntan en esa dirección. La tendencia se acentuó en el período II y aun más fuertemente en el III.
- Creo que durante los 90 el *espíritu emprendedor* sufrió un impacto positivo. Ante todo, la mejora sustancial en la infraestructura lo favoreció, tornando viables proyectos impensables antes de esa mejora. Además, muchos profesionales y empresarios aprendieron “a jugar en primera”, independientemente del éxito alcanzado; los hubo exitosos, los hubo fracasados, los hubo que se fueron del país pero conservaron su “capital emprendedor”, y los hubo que apostaron a la nueva economía y sufrieron la crisis mundial del sector tecnológico. En el balance, quedó un residuo de espíritu emprendedor, ya sea “activo” o “pasivo”, sustancialmente mayor¹⁰.

El proceso produjo visiones contrapuestas, generándose un hondo desacuerdo acerca del "modelo de apertura" conveniente para la Argentina. Tal desacuerdo es uno de los mayores ejes de clivajes en el momento presente. Una visión es que la apertura es un modelo superior y hubiera funcionado exitosamente de haber sido implementado correctamente - más competencia genuina, menos gasto público y menos endeudamiento externo-¹¹. Otra visión es que el proceso de los 90 acentuó los rasgos de la *cultura importadora*, consumista

¹⁰ Ese *capital de espíritu emprendedor* florece ahora con renovada fuerza, después de la crisis, al amparo de nuevas oportunidades competitivas.

¹¹ Ciertamente esa era la visión dominante en el mundo desarrollado, tanto entre los sectores políticamente conservadores como entre los socialdemócratas. El recetario de política económica se resume bien en los principales ítems del llamado Consenso de Washington.

prevaleciente en la Argentina. En esa perspectiva, se generaron incentivos a la importación, mientras la exportación quedó relegada a ser un factor de oportunidad ocasional. El resultado pudo favorecer un buen nivel de vida (a los ojos de algunos analistas¹² se trata más bien de un espejismo) pero no incentiva el esfuerzo productivo o al menos no en la medida necesaria para tomarlo sostenible a largo plazo. La contracara de esa visión es que hay que pasar a una *cultura exportadora*, desincentivando las importaciones e incentivando las exportaciones. El resultado será una disminución del hedonismo argentino y potenciará el puritanismo virtuoso de los que producen más de lo que consumen.

Sin duda, durante los 90 prevalecieron los rasgos de la cultura importadora¹³. En nuestros días parece abrirse paso la visión exportadora y su correlato, el ascetismo consumista. No está claro todavía si el grueso de la sociedad compartirá ese cambio cultural.

La transformación del Estado y las políticas públicas

¿Se transformó sustantivamente el estado argentino durante los 90? El tema es objeto de permanente discusión. Hay una idea de que hubo un estado en repliegue, abandonando funciones esenciales, cediendo espacio al mercado (el mercado: en esa visión, una fuerza insensible, destructora del tejido social, productora de individuos egoístas sin conciencia colectiva). Hay otra idea de un estado posible más funcional, centrado en menos roles pero a la vez más efectivo en el desempeño de ellos, complementador de los vínculos sociales que el mercado puede o no reforzar o debilitar. Esos son los dos “grandes partidos” del mundo de los 80 y los 90 (*il partito dello stato e il partito del mercato*)¹⁴.

¿Cuál de las dos ideas está más cerca de lo que ocurrió en los 90? Hay distintos planos para el análisis: el tamaño del estado, su eficiencia, la dirección de las políticas públicas. Un análisis preliminar del tema del estado, dimensión por dimensión, muestra el siguiente cuadro.

¹² Por ejemplo Javier González Fraga.

¹³ No deja de ser paradójico que el gran instrumentador del modelo de los 90 fuese Domingo Cavallo, quien anteriormente había subrayado como pocos, y con preocupación, el sesgo importador de la cultura económica argentina.

¹⁴ Una digresión política: la fragmentación de la sociedad produjo una novedosa correlación entre esos dos “partidos” y las posiciones en la estructura social, una correlación que clásicamente era bastante lineal: más preferencias pro mercado hacia arriba en la estructura social, más preferencias pro estado hacia abajo. Lo que ocurrió en los 90 es que los de abajo mantuvieron estereotipos *estatistas*, pero a la vez apoyaron las reformas; muchos de arriba mantuvieron ideas de izquierda, pero también apoyaron las reformas; y muchos del medio, los cuentapropistas sobre todo, que antes tendían a votar a la derecha pasaron a ser más *estatistas*. Eso acentuó la proclividad a un esquema poco lineal que siempre tuvo la política argentina: el estatismo de la clase media, dividida entre el sindicalismo y la UCR -con pequeños núcleos más de izquierda-, el pro mercado de los de arriba, divididos entre el centro derecha y el menemismo -con núcleos de izquierda moderna-, los *estatistas* de abajo casi todos peronistas menemistas -con núcleos de peronismo clientelista no menemista- y de allí emergiendo el nuevo fenómeno pos moderno de los no asalariados: los piqueteros.

1. *Gasto público*. Es el indicador más duro de tamaño del estado. En los 90 no disminuyó, pero se redistribuyó: menos al gobierno nacional, más a las provincias. Se reforzó la *provincialización* del estado y de la política en la Argentina; pero no puede decirse que el estado disminuyó en un sentido cuantitativo.
2. *Privatizaciones*. En la Argentina fueron muy profundas -cubrieron un arco muy amplio de ramas, se realizaron en muy poco tiempo-, lo que transformó en un aspecto importante el rol del estado, eliminando el de prestador de servicios públicos y custodio del “patrimonio nacional” (entendido como un conjunto de bienes y servicios y no como un ámbito meramente territorial, de recursos naturales y humanos, y simbólico). No puede pasarse por alto el altísimo consenso social que acompañó al proceso de privatizaciones en sus primeras etapas.
3. Los *poderes* y la *institucionalidad* del estado. Este un problema de eficiencia más que de tamaño. Se mantuvo la tradición presidencialista argentina, el Ejecutivo procuró manipular o controlar al Congreso y a la Justicia siempre que pudo. La calidad de la vida institucional fue juzgada crecientemente por el alto nivel de corrupción percibido dentro y fuera de la Argentina.
4. Las *relaciones internacionales*. Se produjo un fuerte realineamiento, acercando a la Argentina al “primer mundo”, a la NATO y a los Estados Unidos. En esa línea, se cerró el episodio de ruptura de relaciones con Inglaterra por las Malvinas. El resultado de ello fue mejorar la posición del país en términos de imagen internacional en el mundo desarrollado –y también en buena parte del no desarrollado, donde se seguían las mismas tendencias y la Argentina en algunos sentidos lideraba las mismas-. Todo ello fue acompañado de la adhesión al TIAR y la desactivación de los planes nucleares argentinos. Esa política contó con amplio respaldo en la población, de lo que dan testimonio numerosas encuestas y estudios sobre la política exterior y la opinión pública. Sin perjuicio de ello, se mantuvo la integración regional en el Mercosur y se propendió a ampliar este a Bolivia y Chile; aunque no se registraron avances significativos en la institucionalización de ese tratado, lo que es atribuible no menos que a la Argentina al Brasil y los otros socios. Además, se continuó con la política del gobierno de Alfonsín de buscar la solución definitiva de los conflictos limítrofes mediante negociaciones y tratados. Como balance, puede decirse que la Argentina se internacionalizó y regionalizó, siguiendo una tendencia generalizada en el mundo de esos años; el estado abandonó algunas áreas -como la nuclear- pero como compensación la Argentina ganó puntos en términos de aceptación internacional.
5. La *educación*. La tendencia declinante en la calidad educativa en los niveles primario y secundario continuó. La política en esos años fue provincializar la educación primaria, con resultados diversos, pero en el balance aparentemente no buenos desde el punto de vista cualitativo. Para evitar agudizar la confrontación con los sindicatos docentes -en general muy opuestos a todo cambio y orientados a la izquierda- el gobierno prefirió hacer poco y nada. La educación secundaria continuó declinando en calidad. La universitaria -como se dijo- continuó la tendencia al aumento de la matrícula, pero a la vez se facilitó la creación de universidades

privadas, muchas de ellas de excelencia, lo que mejoró sensiblemente la oferta y posiblemente tuvo un efecto indirecto sobre la mejora del sistema en todos los niveles. El estado no cedió terreno en materia educativa; podría argumentarse que se desinteresó del problema de la pérdida creciente de calidad. Además, como se expuso más arriba, es posible que se haya producido una fuerte desaceleración de la movilidad educacional ascendente.

6. *La previsión social.* Se creó el sistema privado de AFJP, y se tendió a sustraer a las provincias el manejo de las cajas de jubilaciones. El sistema mejoró en un principio, pero luego se resintió, por problemas financieros -fuerte impacto fiscal en el corto plazo- y por la creciente informalidad y evasión; no hubo agilidad suficiente para ir adaptando las reformas a las condiciones reales. En todo caso, bajo ninguno de los dos sistemas el estado puede garantizar la cobertura efectiva de gran parte de la población.
7. *La salud pública.* Es difícil arribar a conclusiones claras; por lo pronto, habría que separar los aspectos cuantitativos de los cualitativos, ya que los datos cuantitativos no sugieren un retroceso del estado, pero hay observadores que perciben una pérdida de calidad. En los hechos el sistema de salud profundizó la diferenciación en tres sectores: el público -a su vez dividido entre el sector estatal nacional y los provinciales-, cuya calidad es posible que haya sufrido un deterioro; el de las obras sociales, que reforzó su capacidad operativa como consecuencia de la política sindical del gobierno; y el privado, que se expandió cuantitativamente.
8. *El orden interno y seguridad.* No encuentro fundamentos para valorar la capacidad del estado de mantener el orden y garantizar la seguridad interna y externa durante esos años. La conflictividad social fue muy baja, lo que es atribuible en gran medida a la relación del gobierno con el sindicalismo, pero sin duda atribuible también a la escasez de focos de conflictividad. En materia de defensa, el país se realineó internacionalmente, lo que tal vez fue pagado sufriendo dos brutales atentados terroristas antisemitas. La seguridad interna estuvo signada por el comienzo de una tendencia creciente al aumento de la criminalidad, la cual se fue acentuando al final del período y mucho más después de la crisis. En todo caso, el estado no perdió capacidad de mantener el orden y la seguridad -atributos que sí pierde hacia el final del período y después de la crisis-.
9. *El tejido social.* Se acusa al gobierno de Menem de insensibilidad social, y de haber permitido la destrucción del tejido social. Los únicos indicadores tangibles al respecto son el decreciente peso del sindicalismo en la vida laboral y en la sociedad. Puede concluirse entonces que se pasó de un orden social más corporativo a uno más individualista, algo que, en nuestras investigaciones de opinión pública de los años 80, aparecía como una tendencia de preferencias y expectativas muy fuertes en la sociedad; esto es, ocurrió lo que gran parte de la sociedad quería, y no parece evidente que debe ser atribuido -como mérito o como defecto- al gobierno de Menem. El gasto social no aumentó en eficiencia, aunque sí algo en cantidad. Hubo manifiesto descuido en armar una red preventiva de seguro social al desempleo, y poco dinamismo en buscar formalizar a trabajadores informales -lo poco que se

hizo al respecto fue en gran medida gracias a la insistencia y el esfuerzo de algunos sindicatos, como el de la construcción, el de trabajadores rurales y otros-.

10. El *tejido ciudadano*. Este es un campo abierto al debate teórico y la especulación. La participación política disminuyó -como en todo el planeta-; los partidos políticos se desprestigliaron -como en todo el planeta-. Hay dos discusiones abiertas: cuanto hizo o no el gobierno de Menem para incidir en ello; cuanto una economía de mercado incide o no en ello. Como el gobierno de Menem expandió la economía de mercado en la Argentina, no es fácil separar los dos aspectos. Menos aun hay consenso acerca de como se valora esa situación: ¿es necesariamente malo que la gente se aleje de la política, o de los partidos? ¿Hay un indicio de pérdida de calidad ciudadana en todo ello? ¿Había calidad ciudadana en un país que recurrentemente generaba violencia y muertes por causas políticas en una medida asombrosamente alta? No abro juicio acá; me parece que es otro tema. En todo caso, durante los 90 comenzó a desarrollarse un fenómeno que se observa también en muchas partes del mundo: el crecimiento del sector social, las ong, y de la participación ciudadana en dichas organizaciones, sin connotaciones partidarias.
11. Las *libertades públicas*. La Argentina gozó durante los 90 de un grado de libertades públicas y cívicas de los más altos conocidos en su historia. A ello contribuyó en buena medida -pero no de manera exclusiva- la privatización de los medios de prensa. El gobierno nacional se desprendió de casi todos los medios estatales, y aseguró la libertad de prensa y la libertad de expresión casi sin limitación alguna.

La conclusión es que no resulta claro que el estado haya cedido espacio a las fuerzas de la economía -sino en una medida limitada, funcional para el desenvolvimiento de una economía de mercado-. Con respecto a la sociedad civil, permitió el crecimiento de organizaciones espontáneas y no influyó sobre el repliegue espontáneo de la política de muchos ciudadanos; ciertamente no se expandió sobre ella. La distribución del poder se tornó algo más equilibrada: más poder relativo en la economía, un poco más en el sector social, menos poder relativo en el estado, situación indiscernible en cuanto al poder ciudadano.

3. GANADORES Y PERDEDORES DE LOS 90

A través de encuestas actitudinales podemos obtener un cuadro de las imágenes y valoraciones acerca de los años 90 que se formulan en distintos sectores de la sociedad. En la encuesta realizada a fines del 2002, un 33 % de los argentinos expresó que la calidad de vida mejoró en los años del gobierno de Menem, mientras un 36 % expresó que empeoró.

Las personas de mayor edad son las más negativas con respecto a esos años. A pesar de que en algunos aspectos, como la valoración de la calidad de los servicios públicos, esas personas reconocen en mayor medida que los muy jóvenes las mejorías obtenidas, no hay duda que el cambio de reglas económicas, el paso a una economía más abierta, más competitiva y más inestable en muchos aspectos, a esas personas mayores no les deparó un mayor bienestar.

La variable más altamente correlacionada con esas valoraciones es la posición en la dimensión de competitividad individual. Los de más arriba valoran mejor el período de los 90. La desocupación *per se* no es una variable asociada a esa valoración, lo que sugiere que existieron distintos tipos de desocupados.

En esa encuesta de fines del 2002, así como en otras anteriores y posteriores, un 35 % del total de los entrevistados respondió que el mejor período económico en la historia argentina fue el de Menem; un 16 % mencionó a Perón; un 2 % a alguno de los gobiernos posteriores a Menem; un 35 % otros, con alta dispersión. Por contraste con la valoración más favorable a la calidad de vida en los 90 que se registra en el segmento más alto, la valoración favorable a Menem es más alta en los segmentos más pobres y entre quienes en la encuesta se declaran desocupados. Esos datos son ampliamente consistentes con las tendencias electorales, que revelaron en la elección presidencial de abril de 2003 una muy fuerte concentración del voto a Menem en el segmento socioeconómicamente más bajo.

Se sigue de todo lo anterior que las reformas de los años 90 fueron buenas para la franja más competitiva de la sociedad argentina, también buenas -al menos temporariamente (pero sin duda se trata de una temporalidad bastante prolongada, ya que duró hasta por lo menos la elección presidencial de 2003)- para el segmento excluido, y fueron malas para la clase media, tanto peor cuanto más bajo su nivel de vida anterior.

Cabe preguntarse por las fuentes del escaso entusiasmo del tercio superior de la estructura social cuando se trata de evaluar las presidencias de Menem. En términos generales, no es el "modelo económico" lo que produce rechazo -como se ha dicho, la valoración de la economía en los 90 es positiva; de hecho, muchos de los miembros de esa franja social votaron a López Murphy en 2003, con una propuesta económica no demasiado distinta-, aunque algunos aspectos de las reformas económicas perjudicaron relativamente la situación de la clase media, incluida la de mayor poder adquisitivo, por la vía de la mayor presión tributaria y el sinceramiento de muchos precios internos. Gran parte de ese segmento compensó el encarecimiento de algunos bienes y servicios de su canasta de gastos -incluido el encarecimiento del estado- con la aparición de nuevas oportunidades educacionales, de consumo y de conexión con el mundo¹⁵. El mayor clivaje en el segmento social de mayor competitividad individual se localiza en la pertenencia ocupacional o profesional a la órbita de las empresas transnacionalizadas versus las empresas netamente argentinas. Los primeros fueron ganadores netos; los segundos eventualmente fueron perdedores o terminaron siéndolo. Aquellos emprendedores argentinos que avanzaron entusiastamente con la ola tecnológica universal sufrieron enormes contrastes cuando ese sector sufrió una gran crisis a escala global -si bien es cierto que no pocos inversores ya habían logrado para el momento de esa crisis sectorial grandes ganancias, la destrucción de capital en el sector fue enorme-. Por último, de manera bastante generalizada, esa amplia franja de un tercio de la población con mayor educación demandaba, paralelamente a su

¹⁵ En este último sentido, la modernización de las comunicaciones tuvo un efecto mayúsculo, advertible en la mejora de las condiciones de trabajo e investigación de muchas universidades nacionales. La modernización de la infraestructura comunicacional permitió a la Argentina entrar a la era de internet, durante los años 90, en condiciones óptimas.

alta capacidad adaptativa a un nuevo conjunto de reglas económicas e internacionales, una mayor calidad de la política, transparencia en el gobierno y los partidos, y un estado eficiente, confiable y poco corrupto. El gobierno de Menem -y después el de la Alianza- decepcionaron profundamente a esa franja de la sociedad en ese aspecto; de esa decepción no pudieron recuperarse hasta ahora ni el menemismo ni los partidos de la Alianza.

En cuanto a la franja del tercio más pobre de la Argentina, el bolsón de los excluidos, su valoración de la situación tiene poco o nada de ideológica. En la mente de la mayoría de sus integrantes no hay *modelos* macroeconómicos, sólo realidades. La realidad de un país sin inflación y con razonables oportunidades de trabajo es, claramente, lo mejor que les ocurrió en la vida. El sector que sufrió la más abrupta movilidad descendente, de la clase media baja a la pobreza, con la consiguiente pérdida de estabilidad laboral, vivió ese proceso con sentimientos más encontrados; sin duda su resentimiento con las reformas iba en paralelo con algunos posibles beneficios. En el balance predominaron los resentimientos, y de allí surgió entonces un nacionalismo más recalcitrante, demandas autoritarias de orden y nuevas incipientes tendencias políticas.

La clase media-media sufrió los diversos impactos con signo más homogéneamente negativo. Todos sus miembros sufrieron el efecto de la recomposición de precios internos, particularmente de los servicios. Los sindicalizados perdieron, en buena parte, su status especial; muchos cuentapropistas se tornaron asalariados; los salarios, como tendencia, fueron a la baja; la deflación los castigó fuertemente; la inestabilidad laboral, aun más que el desempleo, generó angustias por doquier; muchas empresas pequeñas y medianas -la mayor fuente de empleo de la clase media no empleada en el estado- se hundieron en el vacío. La competitividad, la globalización, los correlatos de la inversión directa orientada a actividades más intensivas en capital y más productivas, son todos -desde entonces y hasta hoy- figuras temibles. Esa clase media no quiso al gobierno de Menem, no quiere a este mundo globalizado y en buena medida no perdona a sus dirigentes políticos que no fueron capaces de matizar, neutralizar o balancear los aspectos que más duramente castigaron su situación social y económica. Ella fue la más proclive a volver a las ideas del estatismo y de la izquierda "antiimperialista"; ni siquiera la socialdemocracia moderna del primer mundo le ofrece alguna expectativa atractiva. Como balance, la clase media-media Argentina, cuya vida, por generaciones, se tejía alrededor de las expectativas y las experiencias de movilidad social ascendente, vivió un sombrío cambio de tendencia: aprendió que lo mejor que puede esperar es no estar peor mañana que hoy.

4. LAS BASES SOCIALES DE LOS GRUPOS DIRIGENTES

En términos de distribución del poder, en la Argentina previa a los 90 había una fuerte concentración de poder en el "triángulo corporativo": militares, sindicatos, partidos políticos -el "pacto corporativo" denunciado por Alfonsín en 1983 como eje de su campaña electoral desde luego no incluía a los políticos, pero en poco tiempo la sociedad los incorporó a ese bando-. Esos tres sectores sociales sufrieron una pérdida de prestigio social durante los años 80, profundizándose ésta en los 90. El lugar de los militares y los sindicatos en la generación de grupos dirigentes lo ocuparon entonces los empresarios, lo que dio a las elites argentinas un poco más de legitimidad social. Los grupos productivos

con mayor prestigio social son los de la producción de bienes y servicios -agricultores, industriales, comerciantes-. Curiosamente, el agro, el de más prestigio, es el que menos pareció contribuir a la renovación dirigencial. Los grupos empresarios argentinos más fuertes que acumularon poder en los 90 eran en buena medida los que se desarrollaron después de la Segunda Guerra en sectores como la construcción y la siderurgia, y algunos nuevos surgidos en medio de la ola de la apertura a los flujos de capitales internacionales. A ellos se sumaron fuertes corporaciones transnacionales -a las cuales los grupos argentinos en poco tiempo cedieron el control de las empresas de servicios públicos privatizadas- y el sector financiero.

En la percepción del público, los empresarios argentinos eran los "buenos de la película" pero la mayor cuota de poder la detentaban los extranjeros y los bancos, ambos con mucho menos prestigio social. El prestigio de los políticos comenzó a desmoronarse en los 80 debido al fracaso de la política económica y la creciente inflación; en los 90 pudo recuperarse un tiempo precisamente por los logros económicos, pero enseguida volvió a declinar acentuadamente debido a la corrupción. Los sindicatos, durante los 90, conservaron una cuota de poder a través del control de las obras sociales, pero casi nadie en la sociedad les siguió reconociendo un papel de liderazgo; su influencia efectiva mermó en una medida importante, y solo los más combativos mantuvieron la capacidad de presionar a los gobiernos a través de medidas de fuerza, con escasísimo respaldo popular. Los militares perdieron definitivamente poder en los 80 y no lo recuperaron más.

No es fácil encontrar una explicación al sorprendente desapego al ejercicio del poder de los sectores empresariales argentinos durante los 90, cuando adquirieron a la vez protagonismo económico, influencia política y prestigio social en una medida desconocida desde por lo menos 50 años atrás. Mientras en Brasil y en Chile -por no ir más lejos- los empresarios se constituyeron en élites de la sociedad y ejercieron activamente ese rol influyendo sobre la política -a la vez sobre la selección de los dirigentes de la política y sobre los principales ejes de las políticas públicas- en la Argentina tendieron a desprenderse de sus activos y se sometieron pasivamente a las decisiones de gobierno (algo así como una voluntad de no actuar como *burguesía nacional*). La dirigencia empresaria fue en alguna medida una dirigencia de gerentes; los grupos familiares argentinos en muchos casos fueron vendiendo sus activos y su participación en las empresas privatizadas fue disminuyendo paulatinamente; las organizaciones intermedias de los sectores empresarios parecían más bien orientadas al *lobbying* en busca de prebendas del estado. Los dirigentes de los sectores con mayor poder económico no asumieron una responsabilidad dirigente sobre la sociedad. Las cosas parecieron *ocurrirles*, como los fenómenos naturales, sin mayor intervención de su parte para tratar de *hacerlas ocurrir* de acuerdo con su visión o sus propios intereses¹⁶.

Por otra parte, la sociedad no generó tampoco en otros ámbitos una dirigencia capaz de asumir un rol de liderazgo; sus empresarios fueron en verdad un fiel reflejo de sí misma. Mi percepción es que la franja de la sociedad argentina conformada por el tercio de la

¹⁶ Hoy la sociedad demanda un papel más activo de los empresarios como dirigentes de la sociedad y una mayor participación de estos en los asuntos públicos. Una reciente encuesta de Ipsos-Mora y Araujo (preparada para la Asociación de Empresarios de la Argentina) revela que un 96 % de la población cree que los empresarios deben consensuar con los gobernantes los ejes centrales de la política de gobierno.

población más competitiva no terminó de asumir nunca que *su* país podía ser ese país competitivo. Se comportó como si los vientos favorables fuesen no más que una oportunidad ocasional, que así como llegó podía desaparecer. Su visión fue por lo tanto cortoplacista, tan cortoplacista como lo era la de los argentinos de la cultura inflacionaria. La propensión generalizada era la de proteger los activos valorizados o engrosados, no la de invertirlos con un horizonte de crecimiento a largo plazo. A todos los actores de esa franja de la Argentina competitiva las cosas le ocurrieron como accidentes de la naturaleza: les ocurrió que un presidente en quien no confiaban se convirtió en su aliado; les ocurrió que un ministro temperamental inventase un enfoque heterodoxo para derrotar la inflación y lo consiguiera; les ocurrió que entrasen capitales a tasas asombrosamente altas y que las privatizaciones que casi todos pensaban que "no podían realizarse" fuesen increíblemente exitosas; les ocurrió que para sostener su esquema de gobernabilidad Menem tolerase que las provincias no hicieran el imprescindible ajuste que tomaría consistente las reformas; les ocurrió que el riesgo país trepase a alturas siderales, y la deuda externa se convirtiese en una bomba de tiempo; les ocurrió que una enorme parte de las bases productivas de la Argentina sucumbiese a las altísimas tasas de interés y el tipo de cambio desfavorable, generándose así un inmenso desempleo estructural; les ocurrió que el gobierno que apoyaban fuese horadando sus propias bases de sustento por su corrupción, su insensibilidad a las demandas sociales de mayor transparencia y su afán de perpetuarse en el poder; les ocurrió que ese gobierno fuese incapaz de preparar una sucesión ordenada y ellos mismos fueron incapaces de promoverla; por lo tanto les ocurrió lo que vino después; les ocurrió el desastre de Chacho Alvarez y De la Rúa; les ocurrió el corralito; les ocurrió la caída de De la Rúa; les ocurrió Rodríguez Saa y el *défault* y les ocurrió que Rodríguez Saa no durase; les ocurrió la devaluación, la confiscación de activos, la devastación social y la destrucción de riqueza durante el inicio del gobierno de Duhalde; les ocurrió que este estuviese a punto de irse a su casa mucho antes de tiempo y les ocurrió, como un nuevo milagro, que el mismo Duhalde encontrase la persona y la fórmula para salir del pozo; y hoy les ocurre que un ignoto gobernador patagónico, sin votos ni aparato político propio, de quien tres meses antes de las elecciones menos del 5 % de la población pensaba que podría ser el próximo presidente, se haya convertido en el presidente más popular que ha tenido la Argentina desde Perón. Los dirigentes empresarios argentinos no dirigieron nada, excepto sus propias decisiones para adaptarse a los chubascos, aprovechar las oportunidades y tratar de caer bien parados en la vuelta siguiente. Es difícil explicar las causas de este fenómeno.

La Argentina se constituyó como nación, desde mediados del siglo XIX, guiada por una dirigencia que fijó un horizonte, trazó un camino y condujo al país. Esa elite creó lo que no había: una nación organizada, una transformación agropecuaria que transformó un desierto en el "granero del mundo", el mayor receptor de inmigrantes del mundo entero, un país urbanizado y educado. Lo más visionario de esa elite, los hombres de las generaciones del 37 y el 80, no fueron dirigentes administradores de su patrimonio sino dirigentes de un proyecto. Una y dos generaciones después los "administradores de intereses propios" se instalaron como grupos dirigentes, sin entender demasiado lo que ocurría en su entorno social. Desde fines del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial gran parte de los dirigentes de los sectores sociales que más contribuían a la generación de riqueza fuera del agro no formaron parte de las elites nacionales -sino marginalmente- y sus bases sociales carecían de adecuada representación política. Uno de los países más urbanizados del planeta estaba dirigido en gran parte por una elite agropecuaria. Después de 1945 esa

situación se transforma; sin embargo, los nuevos sectores dirigentes que emergieron entonces no lograron generar una visión del país. Integraron a una enorme masa de trabajadores al mercado, incorporaron a la vida política a vastos sectores sociales, paulatinamente desarrollaron nuevas organizaciones sectoriales y agencias del estado, favorecieron el salto de la sociedad argentina al plano de las sociedades de alto consumo de masas; pero no legaron al país una visión directriz, un derrotero a seguir; su modelo condujo al mayor fracaso nacional en el planeta en términos del desempeño del país¹⁷. Fueron dirigentes centrados en sus propios intereses, no en una visión; consolidaron lo que tenían, no crearon lo que no había.

Y así fue también con la transformación profunda de los 90. Puedo ponerlo en estos términos: el producto bruto argentino por habitante, según como se lo mida, está entre 3 y 6 mil dólares, bajo la convertibilidad se acercó a los 10 mil; podría ser de 15 mil. Las exportaciones argentinos treparon en los 90 a 25/30 mil millones (donde siguen, a pesar de la "devaluación competitiva"); podrían ser de 70 mil millones. La dirigencia argentina sale de quienes necesitan administrar una economía de 5 mil dólares per capita y 25 mil millones de exportaciones; los dirigentes para que el país produzca el doble y exporte el triple todavía no existen, o al menos no se hacen ver (descontando importantes excepciones, que tal vez constituyan el germen de la dirigencia que vendrá).

¿De dónde podrían salir esos dirigentes? En la búsqueda de una respuesta es útil preguntarse de donde salieron los que, en el pasado, tuvieron la capacidad de dirigir la nación hacia adelante y no tan solo la de administrarla. La hipótesis sociológica es que se necesita una combinación de dos factores: inconsistencia de status (individual o colectiva) y vocación de agrandar su propio país entre quienes consideran como una posibilidad abierta definir un horizonte de vida personal en otro lado. Si quienes buscan más de lo que tienen en algún aspecto de la vida pueden encontrarlo más fácilmente en otro lugar, tienden a irse; cuando "la vida está en otra parte", como les ocurría a los personajes checoslovacos de Kundera, es difícil que algo cambie. Los hombres del 37 y del 80 en el siglo XIX pudieron labrarse un destino en cualquier parte del mundo; su proyecto les permitió imaginar un país que podía ser parte del mundo y donde a la vez pudieran buscarse los objetivos de la vida; eligieron quedarse y cambiar el país. Combatieron a quienes preferían que el país no cambiase, los derrotaron primero militarmente, luego políticamente, y transformaron hasta tal punto la realidad que tornaron inviables los proyectos de resistir los cambios. Algo así ocurrió con los dirigentes que instituyeron una democracia con voto secreto, y con el peronismo que cambió la realidad social tomando inviable cualquier idea de volver para atrás.

Los dirigentes de esta Argentina que no es y puede ser tendrán que salir de las áreas productivas donde el crecimiento es la única posibilidad alternativa a irse a vivir a otra parte. Tienen que salir del agro, de la agroindustria, de la tecnología, de las industrias de exportación, de las modernas escuelas de economía, negocios, derecho, sistemas y tecnología, y del sector social, las organizaciones sociales, cívicas y ong's. La visión de

¹⁷ En casi cualquier indicador comparativo internacional que se tome en cuenta, la Argentina muestra un desempeño entre los peores del mundo, cuando no el peor de todos, y es la nación con mayor declinación en el ranking de los países.

esta nuevas clases empresarial y tecnocrática se cultiva en las universidades y en el conocimiento; sus miembros forman parte de la sociedad del conocimiento. Esas personas demandan un país con gente que sepa, que produzca, cuya vida se alimente de una cultura universal actualizada, por lo tanto un país abierto; necesitan un clima de espíritu emprendedor, un clima cultural y vivir entre gente que disfrute del desafío laboral y productivo. Su mayor problema es aquella parte de la clase media no competitiva que resiste un país abierto -cuyo emergente dirigencial es la clase política politiquera, manipulativa y a menudo corrupta, echando raíces en burocracias administrativas ineficientes y también a veces corruptas, en la policía ineficiente y también corrupta y no pocas veces en pequeñas (y no tan pequeñas) mafias locales-.

Así como los dirigentes de hace un siglo tuvieron que aprender a convivir y a aceptar en sus filas a los dirigentes sindicales -los emergentes del mundo del trabajo- estos dirigentes de hoy tendrán que aprender a convivir y aceptar en sus filas a los dirigentes del mundo de la pobreza, los excluidos sin conocimientos. En la sociedad del conocimiento, el sindicalismo como representación de los trabajadores pierde relevancia; la adquieren en cambio las organizaciones de los excluidos. La sociedad de hoy es dual, no por las clases en conflicto como hace un siglo o medio siglo, sino por la oposición entre incluidos y excluidos.

La elite para la Argentina del futuro sólo puede salir de los sectores de la sociedad para quienes una economía de 5 mil dólares per capita no es suficiente y para quienes buscar la vida en otra parte no es atractivo porque quieren ser ciudadanos del mundo desde su propio país. Veo emerger esta dirigencia desde adentro y desde afuera de las organizaciones que hoy existen en los sectores empresariales, desde las universidades, desde adentro y desde afuera de la política, desde las *ong* -la mayoría de las cuales son nuevas- orientadas a fortalecer el capital social de la comunidad, y también desde el vasto mundo de la pobreza.